

“LO POSIBLE Y EL ACONTECIMIENTO”
O LA AVENTURA DEL SENTIDO EN LA
HERMENÉUTICA ACONTECIAL DE CLAUDE
ROMANO

Título: *Lo posible y el acontecimiento. Introducción a la hermenéutica acontecial*

Autor: Claude Romano

Traductores: Aníbal Fornari, Enoc Muñoz, Patricio Mena

Editorial: Universidad Alberto Hurtado, Colección Filosofía.

Año: 2008

Claude Romano, profesor de la Universidad de la Sorbona, y autor de *L'événement et le monde* (Paris, PUF, Épipiméthée, 1998) y *L'événement et le temps* (Paris, PUF, Épipiméthée, 1999), acaba de publicar en las Ediciones de la Universidad Alberto Hurtado, colección “Filosofía”, *Lo posible y el acontecimiento. Introducción a la hermenéutica acontecial*, que es su primer libro en castellano, quedando aún inédito en francés. Este libro reviste de una vital importancia para aquellos que siguen los avances de la fenomenología principalmente; la desarrollada en Francia, pues es una introducción a lo que el autor ha llamado, con la publicación de sus dos primeras obras ya citadas, una “hermenéutica acontecial” o una hermenéutica del acontecimiento, tomado este último en su sentido más originario y fundamental, aquello que lo distingue, por tanto, de lo factual: su modo de darse y de arribar al sujeto. Claude Romano es uno de los más importantes fenomenólogos de la actualidad en el mundo francófono y de la nueva generación que sucede a autores como Jean-Luc Marion, Jean-Louis Chrétien, Michel Henry o Jean-Yves Lacoste. Lo que ha caracterizado el desarrollo de las investigaciones de Romano es que no solo ha revitalizado la pregunta por el acontecimiento, que fue planteada con todo rigor por Heidegger y posteriormente por autores

como Maldiney, sino que además les ha dado una consistencia propia a sus análisis que permiten asegurar la originalidad de la tarea emprendida por nuestro autor. Bajo este respecto, si Romano mantiene una discusión profunda con algunas de las tesis más relevantes de Heidegger en torno al acontecimiento, tal como ha sido tematizado por este autor en sus cursos sobre fenomenología de la religión, así como en *Ser y tiempo*, el filósofo francés no esquiva tampoco entrar en diálogo con autores tales como Henri Bergson, Merleau-Ponty o Jean-Paul Sartre. Tampoco restringe sus investigaciones al área de la fenomenología, sino que mantiene una escucha atenta a la filosofía analítica, principalmente Wittgenstein y Carnap, así como a la psicología ecológica de J. J. Gibson, que de alguna manera le ha permitido ampliar el campo de discusión en torno al estatuto propio de la fenomenalidad del acontecimiento, es decir a su aparecer. De este modo, la hermenéutica del acontecimiento, propuesta por Romano, se erige como una apuesta original, no solo en el mundo francófono —pues ha sido ampliamente recibido, también, en los Estados Unidos, donde ha aparecido al inglés la traducción a su *ópera prima*, *L'événement et le monde*; así como en Italia, Bélgica, Líbano, etc.—, sino que comienza a tomar cuerpo y a ganar espacio en Latinoamérica, gracias a esta, su primera obra introductoria. No es un dato menor que Romano haya publicado *Lo posible y el acontecimiento* en español; tal vez, ese gesto, le dé aún mayor valor a esta publicación. Sin embargo, de ningún modo se trata solamente de una introducción, sino que también se proyecta como un verdadero avance que vuelve la mirada atrás con un sesgo crítico que le permite mantener la espera del acontecimiento de pensamiento. La obra del filósofo se abre al lector en lengua castellana con la lucidez y la claridad de un pensamiento riguroso y abocado tan solo, lo que no es menor, a la descripción de los fenómenos, y de ellos al que le parece ser el fenómeno por excelencia, a saber, el acontecimiento. Pero, también busca obrar algo más que una presentación de los principales ejes de su reflexión; este es el lugar de un nuevo comienzo, el laboratorio de pensamiento que *exige* tanto al autor como al lector hilar y seguir el hilo de la marcha fenomenológica que no da licencias a la inspección de las cosas mismas. En este sentido, este libro puede ser catalogado como una obra más que viene a aportar nuevos elementos a la visión por escorzos, que quiere abrir nuevas posibilidades de inspección del fenómeno que es el acontecimiento, por lo que, seguramente, puede ser leída como un

nuevo desafío que el autor nos presenta, pero esta vez en nuestra lengua. Así, si *Lo posible y el acontecimiento* repasa la vía abierta por *L'événement et le monde* y *L'événement et le temps*, al mismo tiempo es un paso más, un real paso que ha dado el autor.

Al examinar *Lo posible y el acontecimiento*, se puede constatar que Claude Romano procede a partir de un triple movimiento: primero, se pregunta por la fenomenalidad del acontecimiento, por el modo en que llega o arriba, o si se quiere, en qué consiste su advenir propio, el aparecer de su llegar. Después, se cuestiona en qué sentido el acontecimiento hace época o es originariamente tiempo, lo que le exigirá hacer un balance tanto por las metafísicas del tiempo y la fenomenología del tiempo particularmente, la vía inaugurada por Husserl. Y finalmente, en discusión con Heidegger, intenta librar al acontecimiento de su hecho factual, pensándolo como *posibilitación* de los posibles de la existencia humana. Recorramos, entonces, brevemente cada uno de estos momentos en la trama de *Lo posible y el acontecimiento*.

En “El acontecimiento y su fenomenalidad”, primer capítulo del libro, Claude Romano propone una historia del acontecimiento que, a juicio del autor, se ha escrito en los márgenes del pensamiento occidental; de este modo, avanza desde los estoicos a Nietzsche, por un lado, pasando por los trágicos griegos y Aristóteles hasta Heidegger, por otro lado. Todos ellos constituyen una historia marginal del acontecimiento que, sin embargo, dejó aún impensado su aparecer o fenomenalidad. Al examinar el acontecimiento y su llegada, se trasluce la diferencia que hay entre este y el hecho, que sin embargo también es. Si el acontecimiento es inspeccionado a partir del modo en que llega, es decir en su sentido acontecial, salta a la vista que no es *meramente* un hecho, sino que sobrepasa la efectuación, lo factual mismo. Un ejemplo aportado por el autor permite esclarecer esta diferencia entre un acontecimiento en sentido aconteciario (o un hecho) y uno en sentido acontecial (el acontecimiento en tanto tal): ante la muerte de un ser querido, incluso si esta ha sido largamente esperada, una reacción más o menos común es exclamar: ¡No es posible! Si la muerte de este ser amado puede ser explicada en términos de causalidad, si incluso ha sido anunciada con anticipación debido a alguna enfermedad catastrófica que le ha afectado, esta llega siempre sorpresivamente para quienes acompañan al moribundo. No es sino con estupor que se recibe la noticia. Si la muerte de alguien es

un hecho, también puede ser un acontecimiento en cuanto esta agota posibilidades que solo se daban en el vínculo con aquel que ha fallecido. Pero no solo agota ciertas posibilidades, sino que también articula otras, hace aparecer posibilidades que hasta ese momento no eran aún presentes. Esto indica, al menos, dos cosas: el acontecimiento arriba siempre singularmente, o de otro modo, es singularizante; “soy yo quien ha perdido a un ser amado”. Por lo cual, arribando de tal forma, constituye siempre una novedad y una sorpresa que remece la existencia en sus posibilidades. Por lo mismo, lo estremecido es el mundo y sus posibles, lo trastocado es el existente que nunca está preparado para recibir lo que no puede no recibir: el acontecimiento que hace de él un adviniente, un sujeto capaz de acontecimiento, aunque, posteriormente, pueda rechazar el sentido que este le ha aportado, pueda frustrar su aventura declarando un “sin sentido”, un “absurdo” que le abisme al desasosiego. Más solo es dable rechazar, una vez que el sujeto ha recibido, y de tal acogida, parece no haber memoria: el acontecimiento se muestra siempre *a posteriori*, vale decir, nunca somos contemporáneos de su aparición. Pero además, si el acontecimiento llega como novedad total en el estupor de la sorpresa, no es sino porque es él mismo quien aporta y esclarece su propio contexto de aparición. Aquel que recibe lo que adviene, su propio pasar, no es el origen de lo que le sucede, sino que él mismo es constituido en este arribo *ex novo*. Esto significa, también, que el acontecimiento se sustrae de toda explicación causal, pues no puede ser explicado tal como se hace con un hecho inserto, éste, en una trama causal, así como también, se sustrae de toda memoria, entendida esta en términos clásicos propios de la psicología experimental o incluso de la fenomenología que continúa la línea de la tradición de la mirada interior (S. Agustín y otros), que reduce la memoria a la retencional: la memoria, en el caso de la hermenéutica acontecencial, no es del pasado, sino del sentido.

Pero si el acontecimiento es configurador de posibles, si este se sustrae a toda etiología posible, si él mismo pone en juego y aventura la existencia del sujeto que lo recibe, volviéndolo un adviniente, se puede afirmar, entonces, que el acontecimiento hace época, que él mismo es tiempo. Es esto lo que pretende examinar el autor en el segundo capítulo de este libro, titulado “Fenomenología y metafísica del tiempo”. Este capítulo toma de posición frente a dos modos de proceder ante la cuestión del tiempo: uno metafísico, que hizo del tiempo, por ejemplo,

la cuestión del movimiento del alma (Plotino), o una *distentio animi* (Agustín de Hipona), o que, incluso, lo pensó como duración (Bergson), y que en definitiva, en sus diversas expresiones metafísicas, espiritualizó el tiempo. Otro modo de proceder es el llamado fenomenológico, que Romano encuentra en una atenta lectura de las *Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo* de 1905 de Husserl. Preguntándose este último por el origen del tiempo, en el marco de una filosofía trascendental de la constitución, ha terminado por hacer del tiempo un *fenómeno temporal*, es decir un fenómeno constituido por la subjetividad trascendental, lo que, al menos, resulta del todo aporético, pues ¿en qué momento la descripción de un fenómeno temporal se volvió equivalente a la descripción o inspección del tiempo mismo? La vía seguida por Husserl es al menos aporética, y olvida, en todo caso, que el tiempo no puede ser un fenómeno, pues es la condición de posibilidad para la descripción de los *phainomena*. Es aquí que el autor propone un examen al detalle de la temporalidad propia del acontecimiento. El tiempo del acontecimiento no es sino el del *futuro anterior*, lo que significa que su arribo deja siempre para más tarde su esclarecimiento, se declara, siempre, una vez que ya pasó. Un acontecimiento no es, sino que *habrá sido*. De allí, la no contemporaneidad del adviniente con el acontecimiento. Este último se presenta siempre *a la postre*, esto es retrospectivamente. Por ello, la temporalidad del acontecimiento no es la misma que la del hecho intramundano. El acontecimiento altera toda cronología factual, mientras que el hecho se incorpora en ella. El acontecimiento hace época, hace *crisis*, el hecho la sufre.

El tercer capítulo, “Lo posible y el acontecimiento”, decíamos al comienzo de esta reseña, siendo el último goza de una inicialidad declarada por el propio autor, pues, a diferencia de los ya comentados, que son inéditos, este fue publicado en 1993 en la revista *Philosophie* en dos entregas y retomado con importantes modificaciones en *Il y a* (Paris, PUF, 2003) diez años después, dando inicio al primer bosquejo de la hermenéutica acontecicial de Romano. Este texto es una discusión extensa con Heidegger, en torno al curso que este dicta en 1920-1921 en Friburgo titulado “Introducción a la fenomenología de la religión”, pero también con *Ser y tiempo*. El objetivo del autor es restituir al acontecimiento su carácter acontecicial, y de este modo librarlo de la factualidad a la que lo ha integrado Heidegger. Romano nos aporta aquí conceptos tan relevantes

como *nacimiento*, *espera* y *experiencia*, a partir de los cuales termina por tejerse esta hermenéutica del acontecimiento. En efecto, ¿de qué modo pueden ser pensados estos fenómenos a la luz de la hermenéutica propuesta por el autor? Ciertamente, una radical inversión ante la propuesta heideggeriana apuntalada por el ser-vuelto-hacia-la muerte, es lo que busca nuestro filósofo, lo que significa restituir la potencia de una hermenéutica del nacimiento, como aquel protoacontecimiento del que no se tiene memoria, pero que por devolverle al acontecimiento la posibilitación con la que adviene, antes que la efectividad, según Heidegger. El *événement*, afirma Romano, pertenece a la posibilidad, y a la posibilidad de hacer posible. Y ante esto, el autor abre la vía a la interrogación, pues si el acontecimiento es posibilitante, ¿cuál es su verdadera fuerza? Pues, ¿qué duda cabe que los acontecimientos también pueden ceder al peso de la efectividad, del *factum*? ¿Realmente el acontecimiento resiste toda efectuación? Y por otro lado, ¿es posible recibirlo, acogerlo, sin medida alguna? ¿Cómo recibo la noticia del fallecimiento de un ser querido, si no he hecho la experiencia de la muerte del otro, ya, una primera vez? O acaso, ¿ese hacer la experiencia es ya una apertura al acontecimiento? Romano no guarda silencio ante estas preguntas y objeciones, y la lectura de esta obra ciertamente podrá permitir evaluar la pertinencia o no de tales cuestionamientos; pero, seguro, abrirá al lector la potencia de un pensamiento que también es acontecimiento.

Patricio Mena Malet
Universidad Alberto Hurtado